Los deseos renovados del americanismo

María Teresa Gramuglio

Debo agradecer varias cosas a Martín Prieto. En primer lugar, la invitación a participar en este Encuentro sobre Literaturas Americanas. Luego, el honor de pedirme que diera la conferencia inaugural, habiendo aquí especialistas en literatura latinoamericana, como Susana Zanetti y Noé Jitrik, mejor capacitados que yo para hacerlo. Pero sobre todo, el sentido que le dio a esta convocatoria sobre literaturas americanas en ocasión del Bicentenario, la fundamentación que escribió para presentarla y la programación misma que ideó para las jornadas, porque con la inteligencia de su trabajo me brindó un punto de partida inmejorable para volver sobre algunos temas en los que vengo pensando desde hace un tiempo, y que creo forman parte de preocupaciones e interrogantes que muchos de los aquí presentes compartimos. Esos temas tienen que ver con los dilemas o más bien con las dificultades teóricas, epistemológicas y metodológicas que se presentan para abordar las literaturas (y no solo las americanas) con criterios que tengan en cuenta las múltiples interrelaciones que traspasan las perspectivas estrictamente nacionales. Como una de mis obsesiones es la de modificar en esa dirección el modo tradicional de leer las literaturas nacionales, el caso específico de las literaturas latinoamericanas se me aparece siempre con un relieve especial, como un objeto privilegiado y a la vez como un desafío para ese propósito. Un propósito, anticipo desde ya, para el cual encuentro en las líneas maestras del comparatismo, hoy renovadas en el contexto de los debates actuales sobre literatura mundial, una vía de acceso pertinente y eficaz.

Un objeto privilegiado, en primer término, porque la pertenencia de la mayoría de las literaturas sudamericanas a una misma área lingüística, aun con todas sus variantes locales y regionales, reduce los obstáculos que presenta la traducción en el caso de

otros conjuntos supranacionales con gran diversidad de lenguas, como la literatura europea. Los reduce, pero como bien sabemos no los elimina totalmente, ya que el castellano no es la única lengua hablada y escrita en América Latina. Pero hay algo que todas nuestras literaturas comparten, sea en inglés, en portugués o en francés, y es esa especie de pecado original de que sus corrientes principales o «dominantes» se formaron, y se siguieron escribiendo, después de la independencia y hasta hoy, en una lengua de trasplante, la lengua de los países conquistadores implantada sobre las lenguas autóctonas originales. Ese rasgo, a su vez, en el área de habla castellana, generó una particular relación con España, con su literatura y sus instituciones lingüísticas y literarias, y en algunos momentos puntuales, como a fines del siglo XIX y con mucha mayor intensidad a partir de los años sesenta del siglo XX, con sus editoriales, que funcionaron y hoy funcionan aún más como aparatos de consagración y motores de una difusión a nivel continental que trasciende las fronteras nacionales. Estas características compartidas son un buen punto de anclaje para proceder a un estudio comparativo. Las preguntas que suscitan no son novedosas, y de hecho han sido objeto de investigaciones muy sólidas: ¿cómo, cuándo y de qué modo se pensaron, debatieron y tramitaron esas condiciones lingüísticas en las flamantes literaturas nacionales? ¿Qué evaluaciones se hicieron sobre la literatura del período anterior a la independencia? ¿Cómo se resolvió en cada país la relación con la lengua, la literatura y la cultura de los colonizadores, con España, con Portugal, cómo con las lenguas autóctonas, etc.? Lo que me parece que falta encarar de modo sistemático es la lectura comparativa de estas cuestiones en contrapunto, o en red, entre los distintos casos nacionales. Así como leer un texto en un contexto transnacional permite tener sobre él una perspectiva más rica e incluso más acertada, pensar las interrelaciones en función de temas puntuales concretos que afectaron a todos y cada uno de los países latinoamericanos es un modo de, por un lado, alcanzar una mejor comprensión de cada literatura nacional, y por el otro, de establecer un diálogo entre literaturas que apunte a aproximarse a ese objeto de existencia más que problemática que es la literatura latinoamericana. Si echamos un vistazo a los programas de literatura en la mayoría de nuestras uni-

versidades, vemos que literatura argentina, literatura latinoamericana (o iberoamericana), literatura brasileña y portuguesa son materias que se estudian por separado, e indican, por otra parte, diferentes criterios de agrupación: la nación, el conjunto transnacional, la lengua. Me consta que quienes enseñamos literatura argentina en la universidad rara vez nos planteamos con rigor las relaciones con el resto de las latinoamericanas que muchas veces apenas conocemos. Tal vez los especialistas en literatura latinoamericana sean más receptivos para atender las interrelaciones con la argentina, y pienso concretamente en dos de los aquí presentes: Susana Zanetti, que dirigió la segunda edición de *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, y Noé Jitrik, que transita con igual solvencia por ambas áreas de especialización.

Un objeto privilegiado, entonces. Luego, un desafío, porque como se advierte en los términos de esta convocatoria, las oscilaciones entre lo nacional y lo supranacional o transnacional (en la formulación del programa se alternan las denominaciones «literaturas nacionales»/ «literaturas americanas») o la más habitual entre singular y el plural («literatura latinoamericana» / «literaturas latinoamericanas»), la constitución de un objeto *literatura americana* o *latinoamericana*, en singular, se revela en efecto problemática, por más de una razón. Es muy difícil, si no imposible, por ejemplo, pensar la existencia de un campo literario latinoamericano en los términos que Pierre Bourdieu estipula para esa noción (que, por otra parte él construyó trabajando sobre un espacio nacional claramente delimitado, el de la literatura francesa del siglo XIX); difícil, ya que la existencia innegable de los Estados-nación pone límites territoriales e institucionales precisos a la relación entre campo intelectual y campo del poder que es indisociable de aquella noción. A esa articulación insoslayable entre ambos campos, y no solamente a las pasiones nacionalistas, se debería entonces la existencia y persistencia de las literaturas nacionales, por más que la transnacionalización de las editoriales convertidas en empresas comerciales cada vez más ajenas a cualquier proyecto cultural y las múltiples transformaciones que supone la globalización erosionen sus condiciones tradicionales de funcionamiento y lleguen hasta poner en cuestión la validez de las miradas sobre temáticas literarias, culturales y aun políticas

enfocadas sobre unidades exclusivamente nacionales. Y junto con ello, o a causa de ello, la existencia de la tan vapuleada pero inevitable relación entre literatura y Estado, que pone a prueba permanentemente la conquista de la autonomía. Hay algo, sin embargo, que se debe tener en cuenta al respecto: la larga tradición de diáspora y por ende de deslocalización de las literaturas nacionales en América Latina, diáspora cuyo punto de arranque, en rigor, habría que situar en los exilios y trashumancias de los intelectuales latinoamericanos de los años que preceden y rodean a los de la emancipación política, y que en el caso argentino alcanzaron durante el rosismo un peso tan contundente que Ricardo Rojas, en su *Historia de la literatura argentina*, tituló «Los proscriptos» los dos volúmenes dedicados al romanticismo de ese período. Algo similar, aunque sin parecidas condiciones de asociación como para ser considerados en términos idénticos a los de aquella formación intelectual que conocemos como «generación del 37», ocurrió, ya en el siglo XX, con los exilios a que se vieron forzados muchos escritores argentinos durante la última dictadura militar. En circunstancias bien diferentes, los años sesenta asistieron a la conformación de lo que Nora Catelli llamó con acierto «la élite itinerante del *boom*». En esta dirección, la literatura latinoamericana experimenta hoy una nueva inflexión de ese viejo fenómeno: el de la producción sostenida de escritores mexicanos, argentinos, puertorriqueños, colombianos y muchos otros radicados fuera de sus respectivos países, principalmente en Estados Unidos y en España, que presenta rasgos cualitativamente diferenciales con respecto a los anteriores. No sé si estos aspectos que acabo de mencionar (literatura y Estado; la diáspora contemporánea) serán abordados en las mesas de este encuentro, pero seguramente sobrevolarán sobre los temas que se discutan en ellas.

Aun sin ignorar la sostenida persistencia de los recortes por nacionalidad, más o menos nítidos según el área de pertenencia, y la envergadura de cada literatura nacional pese a todas las objeciones fundadas que se le pueden oponer, u otros intentos de reordenar el objeto, como el de las áreas, la idea de una literatura latinoamericana postulada por sobre divisiones geoculturales sigue siempre presente. A mi modo de ver, lo hace exactamente como eso, como *idea*, en un sentido semejante al que los primeros

románticos alemanes asignaban a la palabra *idea*: aquello a lo que se tiende pero que nunca se alcanza con plenitud. Si por un lado esa idea, cuando proviene de determinados espacios externos académicos y editoriales poderosos tiende a producir una imagen estereotipada y simplista de América Latina y de su literatura, ignorando la heterogeneidad del objeto, en la reflexión de los mejores intelectuales revela la verdadera dimensión de su complejidad. Pienso, por ejemplo, en algunos exponentes conocidos del siglo pasado, como la admirable síntesis lograda por Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América Hispánica* en los años cuarenta, en la que me parece perceptible el esfuerzo por tornar convincente esa unidad que lo obligaba a silenciar aspectos conflictivos, sin que sin embargo pudiera evitar el tratamiento de los materiales país por país, aun cuando su objetivo fuera la búsqueda de «nuestra expresión» para esa improbable totalidad que en lugar de «América Latina» él prefería llamar «América hispánica». Pienso también en el volumen *América Latina en su literatura* coordinado por César Fernández Moreno que se publicó en 1972, justamente hacia el final de esos años en los que, desde la Revolución Cubana y con el *boom* editorial de los años sesenta, la literatura latinoamericana adquirió una notable visibilidad internacional, en un clima de expectativas que veía en América Latina una promesa cierta de realización de un porvenir más justo. Como se advierte al releerla, un rasgo notable de la compilación de Fernández Moreno es el reconocimiento explícito de la dificultad de concebir esa misma unidad que la obra, desde su título, postulaba. América Latina sería, decía en la introducción, una totalidad integrada por «formaciones políticas nacionales», una totalidad a la que la «tradicional falta de comunicación entre los países» –en sus palabras– convertía más que en una realidad, en una hipótesis. Para decirlo con mis palabras: un deseo. Y pienso, finalmente, en lo que hasta donde conozco fue el intento más sistemático de encarar la cuestión de la literatura latinoamericana como unidad en el siglo pasado: el proyecto de producir una nueva historia de la literatura latinoamericana, iniciado en los años ochenta, impulsado, entre otros, por Ángel Rama. El proyecto no llegó a realizarse plenamente (aunque resultaron de él dos importantes volúmenes coordinados por Ana Pizarro),

pero lo que estimo más valioso de aquel intento es que en su preparación se discutieron con intensidad los principales problemas culturales, teóricos, epistemológicos y metodológicos que plantea la construcción del objeto, incluido el tan complejo problema de los criterios de periodización. Ese paso preliminar quedó registrado en *La literatura latinoamericana como proceso* publicado en la Argentina por el Centro Editor de América Latina (Buenos Aires, 1985) que reúne las intervenciones todavía vigentes de un conjunto excepcional de críticos latinoamericanos. Aunque tangenciales, no quiero dejar de mencionar entre estas búsquedas apasionadas de la improbable unidad algunos proyectos editoriales extraordinarios por su dimensión y alcances culturales, como el del Fondo de Cultura Económica, en particular con su colección Tierra Firme, y la Biblioteca Ayacucho dirigida por Ángel Rama.

Los pocos ejemplos que he mencionado –y soy consciente de que es un recorte muy parcial– hacen bien evidente que Latinoamérica, o lo que también llamamos América Latina, es un área político-cultural amplísimo y no homogéneo. De ahí las dificultades para resolver las diferencias y asincronías entre procesos culturales, literarios y aun históricos, como la misma independencia y formación de las repúblicas, que no ocurrieron al unísono en todos países que la integran. Si bien se mira, esta no sería una particularidad exclusiva, sino común a otras formaciones supranacionales: la literatura europea presenta dificultades análogas, o aun mayores, debido a la mayor diversidad de lenguas y de nacionalidades.

Imagino que es por estas razones que en la fundamentación de este encuentro Martín Prieto señala explícitamente algunos «episodios muy puntuales de la historia de la literatura continental» como el romanticismo, el modernismo, las vanguardias y la narrativa del *boom*, en los que es posible encontrar una cierta sincronización entre procesos que se registraron casi simultáneamente en varios países, aunque no en todos ni con iguales modalidades e intensidad. Incluso, en ciertos casos, como el de las vanguardias y la narrativa brasileñas, tan próximas a las argentinas, en lenguas que requerían traducción mutua. En la programación se buscó dedicar una mesa a cada uno de esos episodios, tal vez con la aspi-

ración de que alrededor de ellos se pueda abrir ese diálogo entre literaturas o entre textos de diferentes literaturas que es tan poco frecuente en las lecturas críticas de la literatura argentina.

Fuera del énfasis en los episodios que, siguiendo a Zanetti, sería más preciso llamar de *religación*, el programa incluye otros tópicos. Uno de ellos es la crónica, a la que se considera no sin cierta razón un género fundador en las letras del continente. Tal vez si un encuentro de estas características se hubiera realizado en los años sesenta, la elección hubiera recaído sobre la narrativa, el género estrella de aquellos años. La elección de la crónica, y la participación de invitados de tres diferentes países que combinan su práctica de novelistas con la de cronistas de viajes y vida urbana, refiere no tanto a aquel pasado fundacional, sino sobre todo a las temáticas, las transformaciones textuales y la experimentación formal que han llevado hoy en Latinoamérica a una reelaboración de la crónica como género del presente. Seguramente cada uno de nosotros tiene sus nombres favoritos para este rubro: Carlos Monsiváis, Pedro Lemebel, Mario Vargas Llosa, Cristian Alarcón, Edgardo Rodríguez Juliá, etc.

Junto a esta incorporación que registra un cambio en la jerarquía relacional de los géneros a nivel continental, las mesas sobre textos fundadores y clásicos revelan una dimensión más acotada y otra tensión. Dimensión acotada, porque los integrantes de una de ellas, la referida a los textos fundadores, son exclusivamente prestigiosos escritores y críticos argentinos. Y una tensión, porque en el caso de los textos clásicos, el recorte sobre lo rioplatense revela otra que se agrega a las que mencioné entre lo nacional y lo americano, e indica que resulta indispensable reflexionar también sobre un aspecto frecuente en las literaturas latinoamericanas: la conformación de subáreas regionales, que modifican de uno u otro modo las unidades literarias construidas sobre la base de la articulación entre lengua, territorio y Estado, y revelan así la heterogeneidad interior de las literaturas nacionales. El caso del Río de la Plata, por su carácter transnacional y su hegemonía en dos naciones, el Uruguay y la Argentina, es particularmente significativo para reflexionar sobre esas condiciones.

La decisión de dedicar una mesa al tópico de lenguas en conflicto en la que participan especialistas provenientes de países con

fuerte incidencia del bilingüismo, como es el caso del Paraguay con el guaraní, o en los que adquieren fuerza creciente los reclamos por el reconocimiento de lenguas y culturas aborígenes, como el mapuche en el sur del Cono Sur –y pienso también en el quechua de la zona andina– , indica con claridad que este es uno de los puntos más polémicos, encuadrado hoy en el seno de los debates sobre multiculturalismo y poscolonialismo. Fuera de éstos, otro factor que indicaría la complejización actual de los usos de la lengua literaria es el de las innovaciones que se producen por la hibridación de la lengua de los migrantes latinoamericanos con la de los países receptores, un fenómeno especialmente perceptible en el caso de las emigraciones mexicana, cubana, puertorriqueña y otras a los Estados Unidos.

Ya estamos lejos de las polémicas de los primeros románticos acerca del uso del castellano en América, o de la ruidosa escaramuza martinfierrista sobre el meridiano madrileño que propuso Guillermo de Torre en los años veinte del siglo pasado. Sin embargo, hoy parecen retornar las embestidas contra el castellano desde posiciones que ponen en cuestión su hegemonía con planteos ya distantes de aquellos. En relación con esto, no quiero dejar de mencionar al menos dos manifestaciones muy recientes que me llamaron la atención: una, una exhortación de Julio Ortega a expulsar el español del lenguaje para escribir poesía (él llama español a lo que yo llamo castellano, pero esa es otra cuestión). Ortega se pregunta: «¿Por qué para escribir en español es preciso inventar la lengua poética?» Ante esta proposición aparentemente provocativa no pude menos que pensar en ese axioma que tantos poetas han fraseado de varias maneras: *todo gran escritor inventa un lenguaje dentro de la lengua.* Y así, pienso, esa nueva lengua poética que reclama Ortega sería en realidad la que cada gran escritor crea dentro de la lengua común: el romanticismo, el modernismo, las vanguardias, los poemas de Vallejo, la novela del *boom*, y hasta las narraciones de Arguedas, se escribieron en castellano, dentro del castellano, y así lo modificaron y lo enriquecieron sin necesidad de expulsarlo. La segunda manifestación polémica es una de Josefina Ludmer en su último libro *Aquí América Latina*. Ludmer afirma que habría una apropiación o expropiación de la lengua literaria latinoamericana por parte de edito-

riales, empresas e instituciones españolas, convalidada por las universidades estadounidenses, en una operación cultural equivalente a las de las políticas imperiales de apropiación de los recursos naturales. No puedo menos que señalar aquí muy escuetamente que a esa afirmación excesivamente monolítica habría que agregarle lo que me parece el reverso innegable de esos intentos de imposiciones y expropiaciones de la lengua imperial: a mi modo de ver, los latinoamericanos nos apropiamos de la lengua castellana hasta el punto de convertirla en un signo de identidad transnacional que revierte sus usos e innovaciones sobre el castellano peninsular. Tal vez a causa de ese trabajo varias veces secular, el castellano o español, aunque lejos del mayor dominio del inglés, es hoy una de las grandes lenguas contemporáneas, hablada, leída y entendida con todas sus variantes por millones de personas en más de dos continentes a través de fronteras nacionales.

Esto me lleva al último punto: ¿cómo pensar hoy esa idea de una literatura latinoamericana en el contexto de las transformaciones culturales del mundo contemporáneo? Si efectivamente existen, como creo, esos deseos renovados de americanismo que postulé en el título de esta conferencia, parecería que no solamente se trataría de construirla en sus interacciones subcontinentales, abandonando las perspectivas exclusivamente nacionales, sino de situarla en ese espacio si se quiere virtual pero mucho más amplio de la literatura mundial, cuyas reformulaciones actuales vienen de la mano de la globalización. No deja de ser paradójico advertir que la idea de literatura mundial se remonta por lo general a una observación de Goethe formulada en 1827: «Hoy en día la literatura nacional ya no quiere decir gran cosa. Ha llegado la época de la literatura universal, y cada cual debe poner algo de su parte para acelerar su advenimiento». Esto había dicho Goethe, justamente en el momento en que las literaturas americanas buscaban constituirse como literaturas nacionales en correlato con la independencia política recientemente conquistada. Y esto es lo que hoy se viene discutiendo con mayor o menor intensidad a partir de propuestas teóricas y metodológicas, como las de Pascale Casanova y de Franco Moretti, que en muchos casos han suscitado reacciones airadas, como algunas de las recogidas en la compilación de Ignacio Sánchez Prado *América latina en la literatura mundial.*

Mientras estos debates transcurren en sede literaria, en algunos libros de historia política e historia intelectual de los últimos años que construyen como objeto específico temas o procesos latinoamericanos de alcance transnacional encuentro una firme tendencia a adoptar perspectivas comparatistas que den cuenta de esa condición. Menciono solo dos ejemplos: la formación y las configuraciones de la figura del intelectual en los siglos XIX y XX es el eje temático que organiza la *Historia de los intelectuales en América Latina* dirigida por Carlos Altamirano; las interrelaciones y comparaciones entre las revoluciones española y las americanas de las primeras décadas del siglo XIX constituyen el objeto central de las investigaciones de François-Xavier Guerra, recogidas entre otras publicaciones en dos libros notables: *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, de 1992 y *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*, en colaboración con Annick Lemperière, un complemento imprescindible del anterior, publicado en 1998. En libros como estos, los proyectos mismos, en los que intervienen investigadores de diversos países latinoamericanos, el recorte de temas o de procesos que trascienden las fronteras nacionales y las hipótesis formuladas en los estudios introductorios brindan sólidos puntos de partida para pensar la literatura latinoamericana en sus múltiples interrelaciones y llevar así adelante, cuando las grandes utopías americanistas del siglo XX parecen haberse eclipsado en nuestro horizonte, esos deseos de americanismo que, renovados por la fuerte carga simbólica del bicentenario de las independencias de la mayoría de nuestros países, siguen estando en la cabeza y en el corazón de muchos de nosotros